

Daniel Bell y *los desposeídos* en la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX. Apuntes y reflexiones a la luz del resurgimiento de la derecha radical

Daniel Bell and the dispossessed in American society in the mid-20th century. Notes and considerations on the reemergence of the radical right

Rubén DÍEZ GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid, España

rubendiez@ucm.es

Ariel SRIBMAN MITTELMAN

Stockholm University, Suecia

ariel.sribman@lai.su.se

Graciela MERIGÓ PUIG

Universitat Rovira i Virgili, España

graciela.merigo@estudiants.urv.cat

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.21(2): tc2104]

Artículo ubicado en: encrucijadas.org

Fecha de recepción: 19 de octubre de 2021 || Fecha de aceptación: 13 de diciembre de 2021

Resumen

En este texto presentamos la traducción del primer capítulo de la obra *The radical right. The New American Right Expanded and Updated*, publicada en 1962. Dicho capítulo lleva por título "The dispossessed". El libro, en el que participan numerosos autores, fue editado por el sociólogo Daniel Bell y el mencionado capítulo es de su autoría. En esta breve introducción a la versión española nos guían las siguientes preguntas: primero, por qué es interesante hoy leer y traducir a un autor como Daniel Bell. Segundo, en qué medida su contribución académica, junto a la de otros autores de su época, puede ser considerada un clásico contemporáneo, esto es, nos sirve para arrojar luz y aproximarnos al presente y a la realidad de un fenómeno como la derecha radical. Y tercero, hasta qué punto las propuestas y el análisis de Bell pueden aplicarse a otras corrientes políticas y actores radicales a la luz de los cambios acaecidos en el último medio siglo, en esta segunda modernidad de signo reflexivo.

Palabras clave: Daniel Bell, derecha radical, Estados Unidos, populismo, democracia.

Abstract

In this text we introduce the translation of the “The dispossessed”, the first chapter of a book published in 1963: *The radical right. The New American Right Expanded and Updated*. In this book participated several authors and it was edited by the sociologist Daniel Bell, who wrote that first chapter. In this brief introduction we are guided by the following questions: first, why is it interesting today to look at and translate an author like Daniel Bell. Second, to what extent his academic contribution, along with other North American authors of his time, can be consider a modern classic; that is, it helps us to shed light and bring us closer to the present and the reality of a phenomenon like the radical right. Third, to what extent can we apply Bell's proposals and analysis to other political trends and radical actors in the light of the changes that have occurred in the last half century, in this second modernity or reflexive modernization.

Keywords: Daniel Bell, radical right, United States, populism, democracy.

Destacados

- Daniel Bell en los “Los desposeídos” anticipó análisis e interpretaciones de gran interés para el estudio de la derecha radical.
- Los efectos psicológicos y emocionales que los cambios sociales producen en los sujetos son clave para entender su ascenso.
- La derecha radical es hoy un fenómeno consustancial a la radicalidad de la modernidad tardía y del *temperamento posmoderno*.

Cómo citar

Díez García, Rubén; Ariel Sribman Mittelman y Graciela Merigó Puig (2021). Daniel Bell y los desposeídos en la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX. Apuntes y reflexiones a la luz del resurgimiento de la derecha radical. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21(2), tc2104.

El texto cuya traducción incluimos en este monográfico es el primer capítulo de la obra *The Radical Right: The New American Right Expanded and Updated*, editada y compilada por el sociólogo norteamericano Daniel Bell a principios de la década de 1960. En esta segunda edición Bell revisa, amplía y actualiza la edición original, titulada *The New American Right*, que vio la luz en 1955 como resultado de un seminario sobre comportamiento político celebrado un año antes en la Universidad de Columbia. Fechas que podemos definir como tempranas y que denotan que no nos encontramos ante un fenómeno de estudio y una fuente de preocupación para nada novedosos. El surgimiento de la derecha radical se remonta al contexto de fuertes transformaciones que tuvieron lugar en la estructura social, política y cultural de algunas sociedades occidentales durante la segunda mitad del siglo XX, tras la derrota del nazismo y del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.

En el prefacio de esta segunda edición, Bell atribuye al también sociólogo norteamericano Seymour Lipset la primicia del término *radical right*. Según relata Bell, Lipset lo habría acuñado y utilizado por primera vez en la obra original de 1955, en el capítulo “The Sources of the ‘Radical Right’”. En ambas ediciones participan algunos de los sociólogos de mayor prestigio para la época: el propio Daniel Bell y Seymour Lipset, pero también Talcott Parsons o Nathan Glazer, así como el historiador Richard Hofstadter, entre otros. Un dato de gran relevancia es que tanto Bell como Lipset y Glazer — junto a Irving Kristol, intelectual de referencia en el impulso de la corriente neoconservadora de la década de 1980— militaron durante su juventud en la izquierda política, si bien atesoraban firmes convicciones antiestalinistas y contrarias al socialismo soviético. Todos ellos, hijos de inmigrantes judíos, estudiaron en el *City College* de Nueva York en la década de 1930, la institución educativa de referencia para los hijos de las clases trabajadoras y de origen humilde de la época. Más tarde formaron parte del grupo *The New York Intellectuals*, con el que se relacionan, a lo largo de diferentes generaciones, intelectuales clave como Hannah Arendt o Arthur Schlesinger, Jr.

Esta obra ha sido reeditada —de nuevo en inglés— en 2002, muestra de la relevancia que la derecha radical contemporánea ha venido acumulando durante décadas, y del interés que despiertan su emergencia y ciclos de visibilidad y latencia como movimiento social y político —sino contracultural y antimoderno, que hoy comparten movimientos de acción *frontlash* por la justicia social, y la reacción conservadora *backlash*. Es sorprendente, sin embargo, que la amplia literatura académica publicada recientemente sobre el ascenso del populismo, de la extrema derecha o de la derecha radical populista en las dos últimas décadas, apenas cite como obra de consulta y referencia la inteligente compilación de Daniel Bell, ni a los autores y textos que en ella se incluyen. Se trata de una tendencia que no se circunscribe al estudio de este fenómeno social en concreto. Por el contrario, se encuadra en la vaga repercusión y el escaso tirón que prestigiosos autores anglosajones de la segunda mitad del siglo XX —como el pro-

pio Bell— vienen cosechando en los últimos años en la sociología española en comparación con los intelectuales de la sociología crítica *afrancesada* o de tradición marxista de la misma época.

Nuestra sorpresa, en lo referido a la escasa repercusión de la obra que aquí tratamos, se fundamenta en su interés y utilidad para la comprensión del fenómeno en el presente, a pesar de los cambios que se han producido desde su publicación en la estructura de las sociedades occidentales, pero también en las dinámicas internas de los actores que conforman estos movimientos en la actualidad (McGirr, 2001; Nagle, 2017). Como muestra “Los desposeídos” (“*The dispossessed*”), estos autores aplicaron marcos conceptuales y anticiparon análisis e interpretaciones que hoy se presentan como explicaciones y perspectivas novedosas e inteligentes, de referencia para la comunidad académica (Hochschild, 2016; Inglehart y Norris, 2017; Mudde, 2019). Estas aproximaciones contemporáneas más recientes introducen pocas novedades respecto del marco de análisis propuesto por autores como Bell, Lipset o Hofstadter, más allá de la normal adaptación a un nuevo contexto y de su actualización al tiempo presente (Norris, 2005; Eatwell y Goodwin, 2018; Norris e Inglehart, 2019).

“Los desposeídos” es un texto que habla por sí mismo, que deja entrever desde el primer momento la importancia que adquieren en la visibilización y en el (re)surgimiento de la derecha radical aquellos cambios culturales y sociales que producen efectos psicológicos y emocionales en los sujetos, consecuencia y plasmación de los conflictos de intereses y estatus —*class politics* y *status politics*— que mantienen diferentes grupos y colectivos entre sí (Lipset, 1962; Hofstadter, 1962). Este supuesto da relieve a la emocionalidad contenida en los argumentos políticos de estas *colectividades*: “no son los *individuos* sino las *colectividades* (corporaciones, sindicatos, organizaciones agrarias, grupos de presión) quienes han devenido en unidades de acción social”, apunta Bell. Y tal supuesto está en la base del desarrollo, no solo de perspectivas y enfoques sociológicos centrados en el estudio de la acción colectiva, el conflicto o la contienda política, sino también de otros —complementarios— sobre la emergencia de la solidaridad civil (Alexander, 2018) o el desarrollo de la cultura cívica (Díez García y Laraña, 2017) que proporcionan estabilidad democrática.

Según explica Bell, una parte importante de los procesos de cambio que provocan estos desplazamientos de estatus, que a su vez generan emocionalidad política, están íntimamente relacionados con el papel que juega el conocimiento experto de raíz científica en el ejercicio del poder, en su interrelación con las estructuras de autoridad (Bell, 1976a). En la sociedad postindustrial, el control del conocimiento y de la información son determinantes en su estructura social y sistema de estratificación social (Bell, 1976a; Touraine 1971). Autores como Anthony Giddens y Ulrich Beck (1997) categorizan la modernidad en dos períodos en función del respaldo social a una versión optimista y confiada en el progreso científico-técnico. Siguiendo este criterio, se iden-

tifican dos relatos diferenciados sobre la historia y el progreso que son centrales en la caracterización de dos formas de modernidad, primera o simple y segunda o reflexiva, que pueden ser de ayuda para abordar la relevancia actual de la hipótesis *belliana*.

El de Bell sigue siendo eminentemente el universo de la modernidad industrial o simple, pero a caballo de una nueva modernización avanzada, un mundo en el que grupos de tecnócratas, *managers* o *técnicos intelectuales* —*la nueva tecnología intelectual*— tienen ya la capacidad de tomar decisiones que afectan a la sociedad parcial o globalmente. Decisiones que, si bien están moralmente legitimadas por la versión optimista de progreso de la modernidad simple —que invoca una base científica— pueden entrar en contradicción con otras decisiones de esencia política que, en última instancia, deben responder a su legitimación racional-legal y a principios democráticos. En este sentido, Bell (1976a, 1976b) ya anticipaba algunos de los rasgos y de las contradicciones clave que se materializarían durante la segunda modernidad de carácter reflexivo: las consecuencias de la modernidad y del desarrollo tecnológico en las sociedades postindustriales, y la noción de riesgo y de conocimiento experto (Beck et al., 1997; Beck, 1992; 2002). En su texto, el estatus de los grupos sociales se deriva de su capacidad para imponer su criterio en la toma de decisiones, de tal modo que sufren desplazamientos en el sistema de estratificación social en función de los cambios de posición de clase y poder. Así vista, la sociedad es una estructura de poder intrínsecamente desigual, en la que los *expertos* son los actores protagonistas del relato moderno y los impulsores de una evolución casi *historicista*.

En la actualidad se ha quebrado el relato moderno sustentado en los beneficios de la tecnología y la ciencia que asumía su condición objetiva y neutral, su autonomía respecto de la política y su función de arbitraje en los conflictos. El pensamiento decolonial académico y los estudios culturales han contribuido a deconstruir las narrativas triunfalistas y de progreso de la Ilustración, dando protagonismo a la raza y el origen étnico como factores de discriminación social (Hall, 1991; De Sousa Santos, 2011). Los feminismos, a su vez, han enriquecido esta visión que deconstruye la sociedad como mero sistema de jerarquía y poder (Pluckrose y Lindsay, 2020) con la noción de *interseccionalidad* (Collins, 2012; Suárez, 2008).

Nuevas perspectivas académicas han colocado en el tablero de la historia a colectivos hasta ahora ignorados (Wolf, 2010), y la democracia liberal se ve amenazada por movimientos sociales que, como el nacionalismo o el populismo, antes encauzados por las instituciones políticas de la modernidad simple, despliegan visiones de la política con un fuerte componente identitario e intolerante (Fukuyama, 2019; Vallespín, 2021), y que se ven tentadas al uso de cauces no civiles en su acción política (Alexander, 2018). Ante el avance de estas corrientes de pensamiento y acción colectiva, inoculadas hoy en las propias instituciones políticas, académicas y culturales, sería interesante revisar de qué manera se aplica la regla de Bell en la actualidad a los *despo-*

seídos generacionales, científico-técnicos y académicos o digitales, pero también, por qué no, a *heterosexuales, obreristas* o personas de *bajo nivel educativo* que puedan autoperibirse hoy *desposeídas*. Y, en última instancia, a las dinámicas de acción-reacción que impulsan la polarización, el populismo, el nacionalismo, o a la derecha radical y los grupos violentos de extrema izquierda, que comparten visiones esencialistas de la democracia (Alexander y Díez García, 2021).

Siguiendo a Beck, la segunda modernidad se caracteriza también por la sustitución del relato universalista por otro que ha profundizado las dinámicas de individualización (Beck, 1997; Beck y Beck-Gernsheim, 2003). De este modo, se han reorganizado los campos identitarios en función de nuevas necesidades que chocan con la organización social moderna. Por efecto de los procesos de individualización descritos por autores como Ulrich Beck y Anthony Giddens, la voluntad de los individuos, sus deseos, emergen, se redefinen y condicionan el perfilamiento de una realidad que ya no se percibe externa a cada sujeto, con el consiguiente cuestionamiento de una objetividad *reificada*.

Así es cómo, resignificando el papel de la modernidad ilustrada, surgen nuevas narrativas acerca de injusticias silenciadas hasta recientemente. La estructura social se reconfigura en torno a nuevos grupos de estatus definidos por rasgos identitarios. La ciencia confronta esta reorganización, y disciplinas científicas como la historia o la biología, que —a diferencia de la economía en la primera modernidad— quedaban al margen del debate político, entran ahora a formar parte de las controversias porque contribuyen activamente a las nuevas definiciones identitarias. Si bien Daniel Bell (1976a) ponía de relieve la existencia de desacuerdos serios y profundos en torno a cuestiones científicas, también resaltaba la autonomía de la esfera del conocimiento con respecto a las instituciones políticas. Actualmente esta autonomía está cuestionada, pero las contradicciones entre ambas esferas fueron ya descritas por Bell a mediados de la década de 1970. Como ha señalado Beck, el conocimiento de raíz científica está en el centro del debate político y surge la politización de los discursos tecnocientíficos, como han mostrado la pandemia o antes los riesgos medioambientales. Por esta misma razón la ciencia ha dejado de ser la fuente común de legitimación de las políticas aplicadas, al tiempo que las instituciones de la democracia moderna se encuentran en riesgo de *desconsolidación* (Mounk, 2019). Y la aparición y desarrollo de un *temperamento posmoderno* (Bell, 1976a) parece haber intensificado la imagen de un conocimiento científico totalmente subordinado a los intereses políticos de colectivos escépticos de la objetividad y de la ciencia, que ensalzan su propia experiencia como fuente del *conocimiento* válido y de relevancia política (Pluckrose y Lindsay, 2020).

El ataque al edificio lógico-científico y racional-legal del relato moderno lo ha venido protagonizado inicialmente, tras la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento crítico de tradición marxista, y quizá —como consecuencia no intencionada para muchos— como

resultado de su propia aceleración y *praxis* que se produce con los fenómenos contraculturales que arrancan alrededor de la década de 1960. Este derribo y sus consecuencias culturales no se han producido de la noche a la mañana. Al comienzo del proceso, las demandas de los movimientos sociales eran percibidas como simples ajustes del sistema. El relato moderno era un marco común aceptado y existía un consenso suficiente como para la incorporación civil de nuevos grupos sociales, y para el desarrollo de la solidaridad y cultura cívicas en las sociedades democráticas, gracias a la acción de grupos sociales intermedios de la sociedad civil que funcionan como agencias de reflexividad social (Díez García y Laraña, 2017). Pero con las transformaciones en el ámbito cultural-cognitivo, los marcos de referencia y los mensajes vehiculados por los movimientos sociales han eclosionado en una multiplicidad de versiones que se reconfiguran y reorganizan en el espacio discursivo según criterios inestables, mediante la actualización y resignificación de marcos tradicionales a la luz de nuevos conocimientos e informaciones cuidadosamente seleccionados para configurar respaldos ideológico-identitarios de carácter moralizante.

En primer lugar, generan identidad, pero ya no se trata de identificarse con una serie de ideales y objetivos, como en la política de los siglos XIX y XX, sino de identificarse con un colectivo definido moralmente. Por lo tanto, quien no pertenece al colectivo no se encuentra más a la derecha o a la izquierda en una escala política (horizontal), sino por debajo en una escala ética (vertical). Segundo, se revelan como verdades (dogmas) incuestionables por los miembros de la comunidad. La identidad y la pertenencia implican la no disensión. Y a consecuencia de esto, tercero, se revelan como verdades morales, no políticas. Si bien estas se aplican al ámbito político, no se basan en criterios de mejora institucional, de eficiencia macroeconómica, de bienestar para el conjunto de la sociedad, etc., sino en una autocomplacencia y una descalificación ética de los rivales políticos. Estas redefiniciones se realizan colectivamente, y la agenda de los movimientos sociales promueve actualmente políticas identitarias que responden a este nuevo punto de vista. Las demandas de grupos sociales-identitarios emergentes entran en competición y se producen choques de intereses que debilitan la construcción de la cultura cívica aludida.

Reiteremos que esta cultura cívica tiene su base en el consenso y un sistema de principios compartidos, es decir, en la búsqueda de acuerdos entre grupos con intereses y necesidades divergentes. Pero esto, a su vez, implica la aceptación de los demás por parte de cada uno de ellos, la tolerancia. Para llegar a consensos es condición previa indispensable reconocer a aquellos con los que se negociará; es condición previa indispensable aceptarlos como pares, como miembros de pleno derecho de nuestra comunidad; y por lo tanto, reconocer que la comunidad política es plural, que también quienes tienen preferencias y necesidades radicalmente opuestas a las nuestras forman parte de ella. Este pluralismo constituye el polo opuesto del pensamiento populis-

ta, para el cual el pueblo es —y ha de ser— homogéneo, sus miembros comparten deseos y menesteres, y por lo tanto quienes no los comparten no forman parte del pueblo o, peor aún, se posicionan en contra de él; son su enemigo.

Tomando lo anterior en consideración resulta inmediata la asociación entre la diástole de la *radical right* y la presencia de olas populistas. Pero es imprescindible advertir que éstas no se encarnan exclusivamente en la familia conservadora o en los movimientos de derecha. Las mencionadas demandas de grupos sociales identitarios, emergentes, que abarcan la totalidad del espectro ideológico —incluyendo sorprendentes combinaciones de elementos del más variado signo—, permiten al populismo penetrar en todo el arco ideológico-cultural, y aún en numerosos sectores que denuncian las dinámicas populistas de otros, en un juego de “buenos” y “malos”. Siguiendo la conceptualización de Thomas Piketty, es común encontrar, por ejemplo, entre la ascendente *izquierda brahmánica* de algunas universidades de élite norteamericanas y europeas, esmerados argumentos en defensa de formas de *populismo light* como acicate, impulso o revitalización del *demos* (Mudde y Rovira, 2017; Norris e Inglehart, 2019). Estos autores tienden a obviar, sin embargo, que los movimientos y líderes, a izquierda y derecha, que invocan al *populismo*, anhelan el poder y cuando lo alcanzan no recurren a formas civiles. Aún en su función expresiva o demagógica, el *populismo* muestra una tendencia natural a tensionar la sociedad civil, los medios, y las instituciones reguladoras de la esfera civil.

Más allá de esta reflexión sobre la naturaleza del populismo y su relación con el fenómeno de estudio, la pregunta es: ¿de qué manera se relaciona el panorama actual con un texto que Daniel Bell concibió hace más de medio siglo? ¿Sigue siendo vigente? Recordemos que su hipótesis central es que el componente psicológico o emotivo es el motor para adherirse a la derecha radical. Son colectivos despojados de su anterior notoriedad, personas pertenecientes a grupos sociales rebajados en el sistema de estratificación social, reemplazados por nuevas élites que les han *desposeído* de su relevancia política, económica o cultural.

La interacción estrecha y *autoconfrontación* —reflexiva— entre discursos tecnocientíficos y políticos, y las reverberaciones provenientes del plano cultural, dominado por un *temperamento posmoderno*, no se hace sin resistencia y genera también sus *desposeídos*. Memoria histórica vs. historiografía; roles y transiciones de género o derechos reproductivos vs. biología y medicina reproductiva; negacionismo vs. desarrollo de vacunas y epidemiología; cambio climático, conocimiento experto y estilos de vida, inmigración vs. fronteras —físicas y simbólicas— del Estado-nación, o nacionalismo y aislacionismo vs. integración en estructuras supranacionales, son algunas cuestiones que se caracterizan por combinar complejidad científico-técnica con aspectos identitarios y políticos, lo que conlleva y pone en el disparadero discursivo grandes dosis de emoción y pone a prueba algunos principios y sistemas de valores tradicionales. En

ocasiones, los discursos generados en torno a estas controversias distribuyen responsabilidades señalando directamente a algunos colectivos que se identifican como dominantes —como lo constituye el conocido epítome *hombre blanco hetero*. Ante esta realidad, algunas personas *reaccionan* y se agrupan en organizaciones para defender no ya sus intereses materiales e ideales, sino una cosmovisión en la que ocupan un lugar del que están siendo desplazados por discursos políticos contrarios. La *desposesión* que se produce no es ya realmente de estatus dentro de la estructura social, como la describe Bell; es una desposesión de su autoridad o poder *simbólico*, con el sentimiento de que les están retirando de un lugar destacado en la consideración social.

La derecha radical o fenómenos como la *alt-right* constituyen la contrapartida política de esta *desposesión* llevada a cabo por algunos movimientos sociales en la estela del *identitarismo*. En un contexto de alta reflexividad social, característica de la segunda modernidad, la dinámica “acción-reacción” —*frontlash-backlash*— con una fuerte base emocional y simbólica —como ya nos anticipa Bell— está en el núcleo del surgimiento y auge de esta nueva ola. Por esta razón la derecha radical combate activamente la ideología *woke*. Ésta concibe la sociedad como un conjunto de categorías identitarias organizadas según su propia visión de la vida social, que se configura como un sistema jerarquizado de relaciones sociales entre grupos privilegiados y colectivos oprimidos, más que individuales. Este discurso *desposee* a una parte de la sociedad, especialmente al *hombre blanco hetero*, representado como colectivo homogéneo en el espacio y el tiempo, de su relevancia social. Pero no sólo, Bolsonaro en Brasil cosechó la mitad del voto de las brasileñas en 2018, y Trump éxitos entre los latinos en el sur del país y entre numerosas mujeres, un 42% de ellas votaron por él en 2020. Asimismo, Le Pen tiene un voto heterogéneo que comprende a votantes de distintas edades y grupos sociales —incluyendo a un número no desdeñable de parejas homosexuales—. ¿Respecto de qué posiciones de estatus y roles sociales, impugnados por movimientos de acción *frontlash*, pueden sentirse *desposeídas* estas personas, como para consentir los *cantos de sirena* de estos líderes?

La derecha radical hoy en día toma posición en las batallas culturales y en las controversias tecnocientíficas y sus vertientes políticas. En algunas cuestiones muy sensibles, como el cambio climático o las relaciones de género, una parte de la sociedad —no necesariamente dotada de conocimientos especializados— responsabiliza a los expertos de formar parte de la controversia, de tomar partido y de poner sus intereses ideológicos o incluso económicos por encima de “su verdad”, que es fruto de su experiencia. Por ejemplo, los cambios y disfunciones resultantes de la digitalización de la economía, su globalización y descarbonización alimentan un sentimiento populista de persecución de los individuos por parte de las élites. Éstas, según ese punto de vista, actuarían en connivencia con los *expertos* —miembros de una casta intelectual o aca-

démica— para someter y engañar al pueblo con el único objetivo de enriquecerse y concentrar un mayor poder (Eatwell y Goodwin, 2018). Con estas convicciones se construyen y difunden argumentos que al fin y a la postre funcionan como *creencias* inamovibles frente a las evidencias científicas; por ejemplo, las posiciones contra las vacunas de la Covid-19, relacionándolas con la tecnología 5G y el control de los individuos. No sorprende que se trate del mismo contexto en que germina la idea de *pos-verdad*.

El surgimiento del fascismo y del nazismo, y de la derecha radical en la segunda mitad del siglo XX son una reacción a la modernidad. Hoy, el resurgimiento de la derecha radical es un fenómeno consustancial a la radicalidad de la modernidad avanzada y del *temperamento posmoderno*, desde el momento en que con frecuencia reúne dos de sus características: la profundización de la tendencia a la individualización y una propensión a la sospecha respecto de la imparcialidad del conocimiento científico. La atribución sostenida de parcialidad a los actores tecnocientíficos la hacen extensiva a las élites socioeconómicas por una supuesta comunión de intereses, cuando no señalan directamente a destacados personajes de la economía digital que, como antes del fordismo, son a un tiempo expertos en tecnología y en finanzas. Este efecto de contaminación de la sospecha es interesante porque Bell también señalaba los tintes conspiratorios de los partidarios de la derecha radical norteamericana.

En ocasiones, ésta proyecta sus emociones en el plano político con la defensa de un *libertarismo* y un individualismo radicales frente a la *élite tecno-política*, y un grado de intervencionismo estatal mínimo —por debajo de lo que la mayoría de la sociedad estima necesario para mantener la convivencia—. En otras, la única *identidad fuerte* que reconocen es *su* Estado-nación surgido de los procesos de consolidación geopolítica en la era moderna. De ahí que arremetan contra el fenómeno migratorio. Un rasgo compartido con la derecha radical descrita por Bell a principios de la década de 1960 es que: “Los grupos sociales desposeídos buscan constantemente un blanco sobre el que descargar su resentimiento”.

Lo que hasta aquí se ha propuesto no es más que una presentación; una explicación de la utilidad de traducir a Bell y de recuperar sus argumentos para leer a su través los cambios sociales de los que somos testigos en la actualidad. Los límites de tal interpretación, en todo caso, quedan ahora en manos del lector: ¿hasta qué punto podemos extrapolar sus argumentos más allá del contexto norteamericano de la segunda mitad del siglo XX?, ¿son éstos de utilidad para aproximarnos a la diversidad de capítulos que tienen hoy cabida en el resurgimiento de la derecha radical?, ¿qué papel juega el concepto de *desposesión* como aglutinador de colectivos con identidades heterogéneas y dispares en su apoyo a estos movimientos y sus formaciones políticas afines?. Éstas son algunas de las preguntas que probablemente te surjan con su lectura.

Creemos que los argumentos *bellianos* son de tal riqueza que se pueden aplicar en una extensión mucho mayor que la aquí esbozada, y a un horizonte social e ideológico que excede largamente el de la derecha radical —su marco de interpretación abarca a todos aquellos actores que abandonan los cauces civiles en sus formas de acción, a lo largo de todo el espectro ideológico desde un punto de vista político-profesional—. Confiamos, además, en que esta traducción estimule a recuperar a otros intelectuales olvidados, como se ha apuntado anteriormente. Y en que sirva como aviso ante el proceso con que cierra Bell su texto; proceso tan peligroso en 1962 como en nuestros días (Wind, 2019; Applebaum, 2021): “paso a paso, una sociedad va aceptando sucesivos estallidos, con cada vez menor indignación moral y mayor indiferencia hacia la legitimidad”.

Referencias bibliográficas

Alexander, Jeffrey. C. (2018). *La esfera civil*. CIS.

Alexander, Jeffrey C. y Rubén Díez García (2021). Epílogo. A propósito de ‘Frontlash/Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions’, de Jeffrey Alexander. En defensa de la democracia liberal: la superposición del binomio “acción-reacción”. *Política y Sociedad*, 58(2), e74514. <https://doi.org/10.5209/poso.74514>

Applebaum, Anne (2021): *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate.

Beck, Ulrich (1992). *Risk Society, Towards a New Modernity*. Sage.

Beck, Ulrich (1997). La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva. En U. Beck, A. Giddens y S. Lash (comps.), *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno* (pp. 13-74). Alianza.

Beck, Ulrich (2002). *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI.

Beck, Ulrich, Anthony Giddens y Scott Lash (comps.) (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza.

Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.

Bell, Daniel (1976a). *The Coming of Post-Industrial Society*. Basic Books.

Bell, Daniel (1976b). *The cultural contradictions of capitalism*. Basic Books.

Collins, Patricia Hill (2012). *Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro*. En M. Jabardo (ed.), *Feminismos negros. Una antología* (99-134). Traficantes de Sueños.

De Sousa Santos, Boaventura (2011). *El Milenio Huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Trotta.

Díez García, Rubén y Enrique Laraña (2017). *Democracia, dignidad y movimientos sociales. El surgimiento de la cultura cívica y la irrupción de los indignados en la vida pública*. CIS.

- Eatwell, Roger y Matthew Goodwin (2018). *National Populism, The Revolt against National Democracy*. Penguin Random House.
- Fukuyama, Francis (2019). *Identity. Contemporary identity politics and the struggle for recognition*. Profile Books.
- Hall, Stuart (1991). *The local and the Global: Globalization and Ethnicity en Culture Globalization and the World-System. Contemporary Conditions for the Representation of Identity*. Macmillan-State University of New York.
- Hochschild, Arlie (2016). *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. New Press.
- Hofstadter, Richard (1962). Pseudo-Conservatism Revisited: A Postscript. En D. Bell (ed.), *The radical right. The new american right expanded and updated*. Doubleday & Company.
- Lipset, Seymour M. (1962). Three Decades of the Radical Right: Coughlinites, McCarthyites, and Birchers. En D. Bell (ed.), *The radical right. The new american right expanded and updated*. Doubleday & Company.
- McGirr, Lisa (2001). *Suburban Warriors: The Origins of the New American Right*. Princeton University Press.
- Mounk, Yascha (2018). *El pueblo contra la democracia*. Paidós.
- Mudde, Cas (2019). *The far-right today*. Polity Press.
- Nagle, Angela (2017). *Kill All Normies: Online Culture Wars from 4chan and Tumblr to Trump and the Alt-Right*. Zero Books.
- Norris, Pippa (2005). *Radical Right. Voters and Parties in the Electoral Market*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511615955>
- Norris, Pippa y Ronald Inglehart (2019). *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108595841.015>
- Pluckrose, Helen y James A. Lindsay (2020). *Cynical Theories: How Activist Scholarship Made Everything about Race, Gender, and Identity —and Why This Harms Everybody*. Pitchstone Publishing.
- Suárez, Liliana (2008). *Colonialismo, Gobernabilidad y Feminismos Poscoloniales*. En L. Suárez y A. Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo* (31-74). Cátedra.
- Touraine, Alain (1971). *The postindustrial society. Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts and Culture in the Programmed Society*. Random House.
- Vallespín, Fernando (2021). *La Sociedad de la intolerancia*. Galaxia Gutenberg.
- Wind, Marlene (2019): *La tribalización de Europa. Una defensa de nuestros valores liberales*. Espasa.
- Wolf, Eric H. (2010). *Europe and the people without history*. University of California Press.